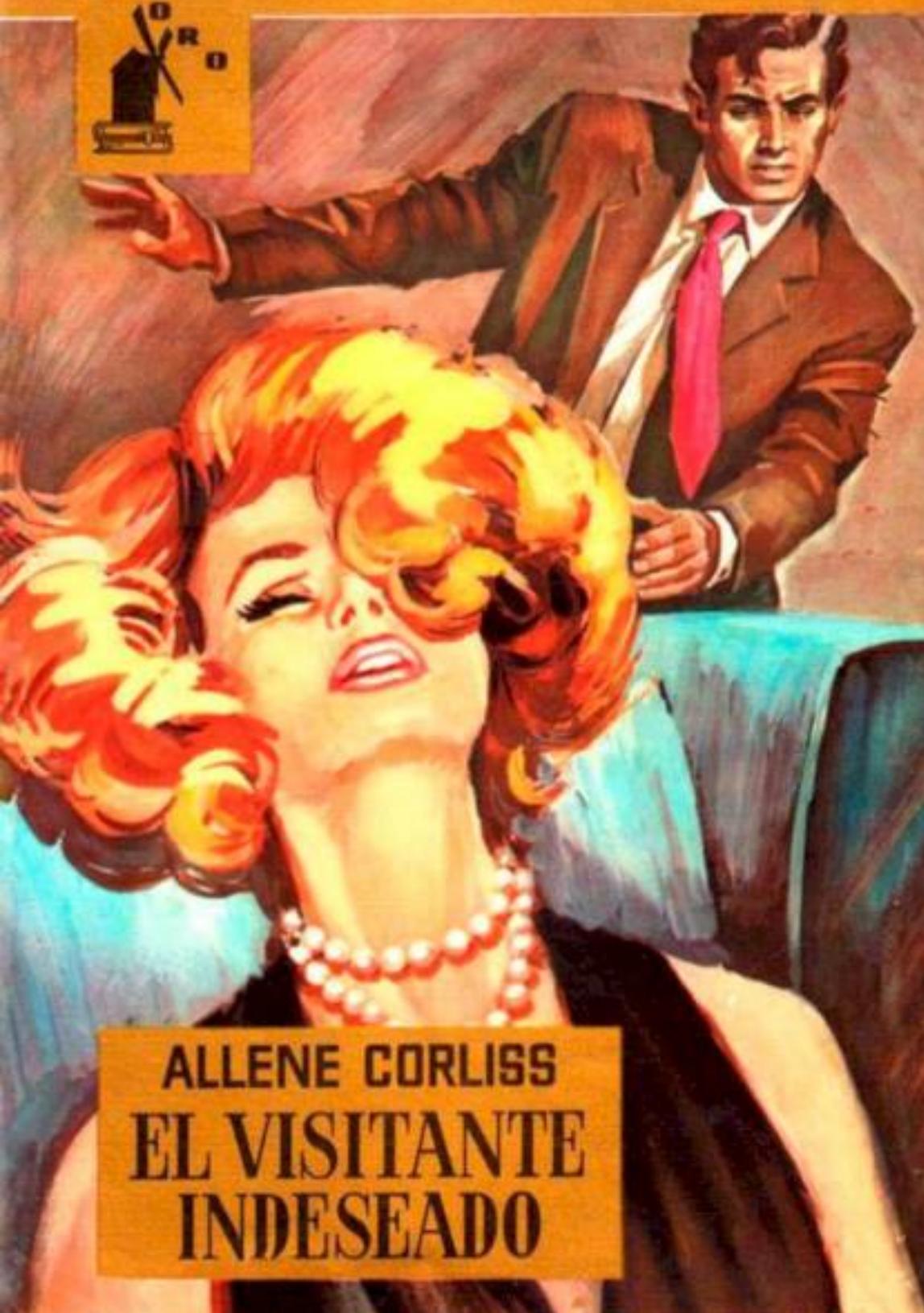


BIBLIOTECA



**ALLENE CORLISS**  
**EL VISITANTE**  
**INDESEADO**

Era la víspera de la boda entre el joven y brillante periodista Steve Harrington y Hildy Fansword, preciosa muchacha de la que el periodista estaba locamente enamorado.

Al regresar esa noche al hotel, el conserje le comunicó, que su secretaria, Valerie Sands, le esperaba en su habitación. Muy intrigado, Steve decidió investigar el motivo que traía allí, en una hora tan desusada, aquel visitante indeseado. Pero Valerie no pudo responder a sus preguntas. Sencillamente estaba muerta.

Una difícil situación, en verdad.

# **EL VISITANTE INDESEADO**

Allene Corliss

## CAPÍTULO PRIMERO

–Querido –dijo Hildy–, ahora tienes que marcharte.

–¿Por qué? –le repliqué–. ¿Por qué tengo que marcharme justamente ahora?

–Porque ya es muy tarde. Es más de medianoche, y si no quieres que mañana me presente ante el altar con el aspecto de una verdadera bruja, tengo que dormir un poco.

–No sé qué decirte... –contesté, mirando pensativamente su negra, negrísima cabellera, y sus azules, azulísimos ojos–. Serías una bruja hermosísima... una hechicera.

Estaba sentada en una esquina del sofá rojo, y yo me había tumbado con mi cabeza sobre su falda, y ahora trataba de atraer su rostro al mío, pero ella me apartó las manos.

–No, Steve –protestó–. Bueno, realmente tienes que irte.

–Está bien, está bien... –rezongué. Le sonreí y, pesaroso, me puse de pie.

La había conocido aún no hacía tres meses y al día siguiente, a las diez en punto de la mañana, Dios mediante, iba a casarme con ella.

Me llamo Steve Harrington y soy comentarista de noticias del extranjero para una de las mejores agencias de Prensa. Asimismo, soy escritor independiente. Vendo la mayor parte de mis trabajos a Jim Cruch, editor de varias de las revistas de mayor circulación. Había conocido a Hildy por mediación de Jim y su esposa, Tina.

En febrero, después de seis meses de exilio laboral, había regresado a Nueva York para escribir unos reportajes semanales para la radio, y aún no había acabado de readaptarme a mi antiguo ambiente, cuando me llamó Jim una tarde para preguntarme si me gustaría cenar con él y con Tina, a las veintiuna. Contesté que seguro, naturalmente, y cuando me reuní con ellos a la hora prefijada, la muchacha estaba allí. Parece ser que se trataba de la hija de una antigua condiscípula de Tina y que cada vez que, ocasionalmente, tenían un invitado de su misma edad, poco más o menos, la invitaban a cenar.

—Steve —nos presentó Tina—, ésta es Hildy Farnsworth, y es tan inteligente como bonita. Jim y yo pensamos que sería bueno que os conocierais.

En aquellos momentos no pude comprender cuán inteligente sería, pero sí capté de inmediato la realidad de su belleza. Era alta y muy esbelta, con hombros rectos, y una cintura maravillosamente estrecha. Tenía una cabellera intensamente negra, unos ojos deliciosamente azules, y una boca juvenil, de apasionada inocencia. Cuando me sonrió se desmoronaron todas mis defensas, y al instante supe que por fin había llegado... que aquélla era la joven de la que ya no podría separarme, que era la mujer que iba a reparar todo el daño que Lisa me había causado, que era la chica que iba a reunir todos los fragmentos, uno a uno, volviendo a formar una sola pieza.

Y esto era, exactamente, lo que había sucedido.

Aquella noche, tras la cena, volvimos al departamento de Jim y Tina para tomar la «espuela», o más vulgarmente, el último trago de la noche, y luego acompañé a Hildy a su casa. Vivía en un departamento de dos habitaciones y una cocina por una de las calles Sesenta del Este, y por aquel entonces ya había hecho bastantes descubrimientos acerca de ella. Por ejemplo, sabía ya que su madre, la antigua condiscípula de Tina, se había casado y divorciado no una, sino tres veces, y que su padre también había vuelto

a casarse; que ambos habitaban en distintos puntos del país, y que no se preocupaban de su hija, excepto para enviarle generosos cheques por Navidad y el día de su cumpleaños. También comprendí que toda esta situación le había otorgado a Hildy un complejo, «algo» sobre el matrimonio, motivo por el cual, a los veinticuatro años, aún no se había comprometido con nadie.

Gozaba de un buen empleo en la ONU, le gustaba mucho salir, pero teniendo buen cuidado de no enredarse seriamente con ninguno de los hombres a quienes trataba. A las pocas horas de conocerla, me di cuenta de que estaba asimismo decidida o no comprometerse seriamente conmigo. Casi pude sentir cómo se decía a sí misma que yo era de la clase de hombres con los que no se puede mantener más que cierta amistad, concediéndoles algunas citas para pasarlo alegremente. Después de todo, yo no iba a quedarme en Nueva York más que tres meses, durante cuyo tiempo iba a estar muy atareado con mi radiación semanal y mis reportajes, y al final de aquel período tenía que regresar a África. Esta vez al Congo. Además, yo contaba ya treinta y un años; era siete años mayor que ella; había estado ya casado anteriormente; había sido una experiencia completamente catastrófica y me hallaba probablemente más ansioso que ella por no enredarme en nada serio o permanente. Durante toda la velada estuve leyendo sus pensamientos en este sentido, y debo admitir que, deliberadamente, la animé a pensar así.

Cuando llegó el momento de despedirnos, ella estaba ya completamente tranquilizada y dispuesta a concederme bastante espacio de su tiempo libre durante los tres meses siguientes. En otras palabras, no estaba enojada conmigo, y esto, en aquellos momentos, ya era importante.

Volví a mi hotel paseando, para tomar un poco de aire fresco. Tenía que hacer un sinfín de cosas, pero al final, y de ello estaba ya convencido, cuando me marchase de

Nueva York, en mayo, estaría, si no ya casado, sí al menos comprometido.

Durante las dos semanas siguientes, mi vida entró en una rutina agobiante, aunque agradable. Trabajaba cinco o seis horas diarias, dictando mis charlas semanales, y algunos artículos que estaba preparando para Jim, a Valerie Sands, mi secretaria. Y la mayoría de mis veladas las pasaba junto a Hildy.

Solía caer por su piso a eso de las seis. Tomábamos unos *cocktails*, escuchábamos algunos discos, y descubríamos nuevas y excitantes cosas uno en otro. Luego, íbamos a cenar a Sardi o al 21, y dos o tres veces por semana íbamos al teatro o al cine. Después, regresábamos al departamento para seguir charlando un poco más.

Ella estaba sumamente interesada en mi trabajo... y yo me hallaba sumamente interesado por ella. Pero no intentaba presionar mi suerte. La chica era maravillosa, de manera especial, pero si yo hubiera ejecutado algún movimiento con demasiada premura la habría perdido. De haber sospechado que mis intenciones eran excesivamente formales, habría dado media vuelta y habría huido... y cuando la hubiese telefoneado, habría estado sumamente ocupada, y cuando hubiese ido a su departamento, habría acabado justamente de salir.

No sé cómo pude estar tan seguro de todo esto, pero lo estaba. De niña y en su adolescencia, los sucesivos matrimonios de sus padres la habían lastimado, y se había hecho a la idea de seguir viviendo sola. Aquel que quisiera conquistarla, tenía antes que ganarse su confianza, y esto no era una cosa sencilla. Además, el tiempo era breve. En mayo tenía que marcharme de Nueva York, y nos hallábamos ya a finales de febrero.

Durante todo el mes de marzo seguí teniendo con ella unas relaciones casuales y amistosas. No éramos más que dos personas a las que gusta la mutua compañía, por ejemplo, en el baile. Yo no había ido a bailar desde hacía

años, desde los tiempos de Lisa y Hollywood, pero ahora íbamos a bailar casi cada noche. Los domingos por la tarde íbamos también a patinar a Rockefeller Center, aunque no me había calzado unos patines desde que había salido de la escuela preparatoria. Y además, claro está, estaba la ciudad esperando que la explorásemos, que la descubriéramos. Hildy llevaba viviendo en Nueva York desde que había dejado la escuela tres años antes, pero en realidad conocía muy poco de la inmensa urbe. Juntos vagabundamos por toda la isla, descubriendo sitios nuevos y diferentes, visitando las galerías de arte, entrando a beber en oscuras y pequeñas tabernuchas, gustando extrañas comidas, y escuchando música de otros países. Agotados, regresábamos a su departamento, encendíamos fuego en el hogar, cocíamos huevos, descorchábamos una botella de vino y continuábamos el delicioso juego de ir descubriendo cosas más o menos interesantes uno del otro.

A mediados de abril comprendí que ya había aguardado todo lo que podía. Habíamos pasado la velada, gastando alegremente, bailando en Pierre, y cuando salimos a la calle la ciudad estaba sufriendo las molestias de una tormenta de nieve. Pudimos conseguir un taxi y regresamos al departamento. Entramos y cerramos la puerta; entonces, la apreté fuertemente entre mis brazos, y enterré mi rostro en la fragancia de su negra cabellera.

—Querida —le dije—, dejemos de engañarnos el uno al otro y afrontemos la verdad...

—¿Cuál? —preguntó, y su voz era débil y como amortiguada por mi hombro.

—Que nos amamos. Y no un poquito, Hildy, sino enormemente. Tanto, que ya no podemos vivir separados... tanto, que necesitamos seguir siempre juntos...

—Me estás proponiendo...

—Exactamente, cariño. Te estoy proponiendo que nos dejemos de tonterías y que... te cases conmigo.

—¡Ah, no! —exclamó—. Casarme, no, Steve...

–Mira –repliqué–, sé lo que opinas del matrimonio, Hildy. Sé que piensas que es algo estrictamente para los pájaros, pero...

–No –me atajó–. Creo que es muy adecuado para ciertas personas, pero no para mí, Steve...

–Bueno, cariño, permíteme decirte que estás muy, pero que muy equivocada. El matrimonio es algo decididamente para ti. Para ti y para mí. El señor y la señora Steve Harrington. Para toda la eternidad.

–¿Hasta que la muerte nos separe?

–Hasta que la muerte nos separe.

–La muerte, Steve... ¿no el divorcio?

–No el divorcio. El divorcio, jamás.

–¿Pero cómo puedo estar segura? ¿Cómo puedo saberlo? Podría haber niños...

–Decididamente, habrá niños.

–Pues esto es. A esto me refiero. Mira, Steve, estoy segura de que cuando papá y mamá se casaron también pensaban como tú ahora... y tú y Lisa Chadwick también, Steve. No sé mucho de ella, pero con toda seguridad tú creías que iba a ser la única en tu vida...

–Sí –le concedí–. Es cierto. Y estaba equivocada. Como lo estaban tu madre y tu padre. Pero ahora no se trata de Lisa y de mí, Hildy. Ni de tu padre y tu madre. Se trata de ti y de mí...

–Lo sé. Juntos. Para toda una eternidad.

De repente, su cabeza se apoyó ligeramente sobre mi hombro, y la próxima cosa de la que me di cuenta es que su boca estaba presionando contra la mía, y que yo la estaba besando... que nos estábamos besando apasionadamente, no en forma, experimental sino desesperadamente, ansiosamente.

Estaba ya decidido, completamente decidido: nos habíamos prometido e íbamos a casarnos.

Después de aquella noche, los días pasaron volando. Habíamos malgastado ya mucho tiempo, y antes de tres

semanas yo iba a ser enviado nuevamente fuera del país. El tiempo de mi nueva ausencia dependería en gran parte de los acontecimientos políticos que ocurriesen en el país al que debía trasladarme. Un mes, dos meses... ¡quién sabe...!

Al principio, se opuso a un casamiento precipitado. Quería esperar hasta mi vuelta. Entretanto, sería maravilloso estar prometidos. Naturalmente, no lo sería, y yo lo sabía. Pero me conformé con esta idea durante otra semana. Y entonces la mandé al diablo. A la idea, no a Hildy.

—Amorcito —le dije—, no pienso dejar este país hasta que nos hayamos casado, y me tengo que marchar precisamente dentro de tres semanas. Por lo tanto creo que...

—Tenemos que casarnos... —apuntó.

—Sí.

Entonces tuvimos que fijar la fecha, y ella pidió un mes de permiso en su oficina de la ONU, y empezó a ir de compras febrilmente. Yo le escribí a mi madre, y ella nos invitó a pasar nuestras dos semanas de luna de miel con ella en Vermont, que era precisamente el lugar donde yo deseaba pasarlas. Y ahora ya era la medianoche, y Hildy me estaba echando de su departamento, aunque la cosa no tenía ninguna importancia porque al cabo de muy pocas horas iba a ser mi mujer, y yo su marido.

«De todos los hombres del orbe —me dije—, yo soy con toda seguridad el más afortunado».

Por lo visto, Hildy sentía cierta emoción porque sin moverse de la esquina del sofá en que estaba sentada, me dijo:

—Te amo tanto, Steve, tanto... que hasta me duele aquí —llevó una mano a su corazón. Su mano parecía muy delgada contra el vestido de lana color *beige* pálido. Además del vestido, llevaba unos zapatitos de noche con unos tacones absurdamente altos, y olía a violetas, el perfume preferido de ella.

Estando así, con su mejilla apretada contra la mía, supe de repente lo que estaba pensando: pensaba que, a causa de haber estado yo casado ya y ella no, aquello no iba a significar lo mismo para mí que para ella. Y en esto estaba, naturalmente, equivocada, y algún día se lo podría decir. Algún día le contaría cuán estéril y frustrado había resultado aquel año de matrimonio con Lisa Chadwick; algún día le haría comprender que no había sido más que una desdichada equivocación. Pero ahora no, ahora aún no era el momento. Ahora no quería inmiscuir a Lisa entre nosotros; ahora quería guardar aquella dulzura entre Hildy y yo, estrictamente.

Le cogí la cara entre mis manos, la sostuve dulcemente y la besé en la boca. Por un momento, sus labios se apretaron contra los míos; luego los separó y caminamos lentamente, cogidos de la mano, por encima de la alfombra de nylon azul hacia la puerta de blancos paneles.

Al llegar allí, intenté cogerla nuevamente entre mis brazos, pero se resistió.

—No, querido —me rechazó, abriendo la puerta. Me empujó suavemente más allá del umbral y me hallé en el rellano. Por un momento me quedé mirando fijamente la puerta que ella había cerrado gentilmente, pero con firmeza, ante mi rostro. Luego sonreí, y me metí en el pequeño ascensor, oprimiendo el botón de bajada. Después de todo, no era más que cuestión de horas el que fuera mía. Podía esperar.

Cuando llegué al vestíbulo y salí a la calle, estaba lloviendo. No mucho. No con verdadera energía, sino tal como suele llover en Nueva York a principios de mayo. No había ningún taxi a la vista, por lo que me subí el cuello de la chaqueta y emprendí la marcha hacia la Quinta Avenida, doblando al oeste. Cuando llegué a Madison, doblé y me encaminé hacia el sur. Tras haber recorrido unos veinte bloques de casas, volví a girar hacia el oeste, y me sumí

bajo la muestra luminosa roja y blanca de un lugar llamado Michel, en la calle Cuarenta y Cuatro, Este.

La chica del guardarropa me tomó el sombrero.

–Buenas noches, míster Harrington –dijo, sonriendo.

Le sonreí a mi vez.

–Buenas noches, Gladys. Parece que esta noche hay bastante quietud por aquí.

–Sí –reconoció la joven–, pero déjese caer por aquí un final de semana, míster Harrington, y ya verá como no podrá conseguir una sola mesa.

–Lo siento, Gladys, pero por ahora no me dejaré caer por aquí en unas semanas –le contesté–. Mañana me caso.

–¿De veras? Bueno, esto es estupendo... Sí, es magnífico, míster Harrington.

–Sí –corroboré–, creo que es excelente.

Le sonreí de nuevo y pasé al bar.

George Kendall y Tick Maclvor, con quienes había hecho algunos reportajes en el Globo antes de que yo abandonara el oficio de periodista para encargarme de un trabajo más fastidioso en Hollywood, estaban apoyados contra la barra, hablando con Pete, el camarero. Levantaron la vista hacia mí, y George exclamó:

–Hola, Steve.

–Caramba, muchacho –dijo Tick.

–Buenas noches, míster Harrington –me saludó Pete, alcanzando una botella de Scotch.

Pete me sirvió una ración; luego se volvió hacia la radio y sintonizó una emisión a cargo de Joe Harsch desde Londres. Escuchamos un rato a Joe. Cuando terminé mi copa, la pagué, les deseé las buenas noches a los muchachos y a Pete y me marché.

Todavía lloviznaba, pero ya no quedaban más que un par de travesías hasta el «Weston Arms», el pequeño hotel residencial donde estaba viviendo desde que había regre-

sado a Nueva York en febrero, procedente de Argelia, por lo que ya no me molesté en alquilar un taxi.

Cuando llegué, el vestíbulo del hotel estaba desierto, exceptuando a Max Stegner, el conserje de noche. Max se hallaba sentado detrás de su mostrador con los pies en alto, leyendo una revista de deportes. Las solapas de su uniforme azul, cuidadosamente planchadas, eran demasiado estrechas y su corbata estaba excesivamente apretada, y aunque probablemente no contaba más de treinta y uno o treinta y dos años, estaba definitivamente calvo. Para completar su poca atracción física, tenía mal color, y un enojoso hábito de apretarse la oreja derecha cuando hablaba con alguna persona.

Se levantó con presteza.

—Buenas noches, míster Harrington. *Miss Sands* le está esperando en su habitación. Espero que haya hecho bien dejándola subir. Me dijo que usted la estaba esperando.

Yo no la había estado esperando, y empecé a decirlo así, pero luego cambié de idea.

—Está —bien, Max— dije. —Gracias.

No podía imaginarme qué es lo que Valerie Sands estaría haciendo en mi habitación, a las doce cuarenta y cinco de la noche. Tres meses atrás, cuando me había llamado diciéndome que estaba viviendo en Nueva York como secretaria independiente y que si podía emplearla a horas, o todo el día se sentiría encantada de trabajar para mí, mi primer impulso había sido decirle que lo sentía mucho, pero que ya había contratado otra secretaria. No era cierto, naturalmente, pero Valerie estaba demasiado relacionada con el año que yo había estado casado con Lisa para que deseara volver a verla, y menos aún trabajar con ella. Después, mientras estábamos hablando, se me ocurrió que, a causa de Hildy, aquel año se había convertido en algo remoto y sin la menor importancia. Por lo demás, yo acababa de llegar a Nueva York desde Argelia para hacer una serie de emisiones para una de las redes más impor-

tantes del país, y necesitaría una secretaria, buena además. Por lo tanto, le dije que fuese a verme por la mañana y hablaríamos del asunto.

Había venido, pareciéndome muy bonita y esbelta, y sólo ligeramente mayor que la última vez que yo la había visto siete años antes, y sin el menor asomo de aparentar necesidad de empleo. Se lo dije así mismo y se echó a reír.

—Oh, las cosas me van bastante bien, Steve, pero siempre me agradaste, y cuando leí en el Times que habías vuelto, pensé que sería muy divertido trabajar para ti.

Si yo había estado temiendo, y lo había estado, que pronunciara el nombre de Lisa durante la conversación, me había preocupado sin necesidad. No lo hizo. En efecto, durante los tres meses que ya llevábamos trabajando juntos, una sola vez había vez pronunciado el nombre de mi antigua esposa. Ello había ocurrido un día en que Hildy se había reunido con nosotros para almorzar en Michel.

El comer juntos había sido estrictamente idea de Hildy.

—No conozco a tu secretaria, Steve —me había dicho—, y debe ser linda. ¿Por qué no almorzamos juntos en Michel?

Y esto es lo que habíamos hecho. Hildy se había presentado muy juvenil y elegante con una chaqueta y un sombrero de color violeta claro. El almuerzo había sido un pequeño éxito. Valerle sabía cultivar a las otras mujeres, y le había hecho a Hildy un sin fin de preguntas acerca de su trabajo en la ONU. Las dos se habían agradado mutuamente. Más tarde, cuando Hildy se hubo marchado a peinarse a una peluquería que Valerie le había recomendado, ésta comentó:

—Es una delicia, Steve. Una chica realmente encantadora. Estoy contenta de que te cases con ella. Podrá arrancar de tu pasado todas las raíces que dejó Lisa.

—A propósito, Valerie —le contesté—, debo darte las gracias por no haberte referido nunca a aquel año. Cuan-

do me llamaste aquel día pidiéndome trabajo, casi te lo regué porque pensaba que...

–Porque pensabas que yo te haría recordar todo aquello.

–Es cierto, y no quería recordarlo. Había dejado toda aquella temporada ya muy atrás, y quería que siguiera siempre igual. No hacerla surgir en el presente. Pero parece que tú lo adivinaste...

–Sí. Bueno, supongo que lo sabía. De todos modos, si tú no te referías a tu matrimonio, mal podía hacerlo yo. ¿Y quizás tampoco te gusta hablar ahora de esto?

–No, ahora ya no me importa. Es gracioso, pero el haber conocido a Hildy, el amarla, lo ha cambiado todo. Ya no me siento amargado, ya no estoy huyendo de algo...

–No –reconoció Valerie–, o así parece.

Y entontes habíamos estado recordando algo más de aquel año en que yo había sido el esposo de Lisa Chadwick, y Valerie su secretaria. La charla derivó hacia una breve discusión sobre Humphrey Lambert, el tercer esposo de Lisa, y al accidente de aviación que le había costado la vida a Lisa.

–Humphrey se había opuesto a que ella volase desde Chicago aquella noche –me contó Valerie–. Quería que esperase hasta el día siguiente. Pero Lisa insistió en fletar una avioneta particular y... Naturalmente, nadie sospechaba siquiera que el piloto fuese a sufrir un ataque al corazón. En fin –prosiguió Valerie, frunciendo el ceño–, fue espantoso que Lisa fuese a morir precisamente entonces. Si hubiera seguido viviendo, Lambert habría llegado a hacer de ella una actriz más que regular.

–Sí, lo hubiera hecho con seguridad. Es uno de los mejores directores del momento, y estaba loco por ella.

–Sí, lo estaba. Ciertas personas pensaban que él solamente estaba interesado en el negocio... es decir, en Lisa y el dinero que poseía, pero yo jamás lo creí así.